

VIAJE A TIERRA SANTA: LA EXPERIENCIA MÍSTICA DE EGERIA

¿Quién era Egeria? ¿Cuál era su tierra natal? ¿Cuál es su verdadero nombre: Egeria, Eiheria, Echeria, Heteria o Etheria? ¿Era una monja abadesa o una culta dama noble que pertenecía a un ambiente religioso y cultural? ¿O simplemente una peregrina? Muchas preguntas sin respuesta todavía envuelven en un halo de misterio la figura de esta mujer que en el siglo IV viaja sola a Medio Oriente.

La historia de Egeria es el relato detallado y minucioso de su viaje a través de la red viaria de las legiones romanas, una *peregrinatio* que tiene como meta no solo Jerusalén y los lugares del antiguo y Nuevo Testamento ya recorridos por Santa Elena, sino también las ciudades de los Apóstoles y los santuarios de los mártires.

Tres años de viaje, del 381 al 384, durante la *pax romana* vigente en la época post-constantiniana, de Constantinopla al Sinaí, de Egipto a Jerusalén, del monte Nebo a Edesa, de Palestina e Mesopotamia. Partiendo probablemente de algún punto de la provincia de Gallaecia, motivada por la fuerza espiritual y una profunda religiosidad, Egeria quiere ver con sus propios ojos los lugares bíblicos a través de un recorrido que es descubrimiento, plegaria y emociones, que vive con fe y participación.

Egeria nos devuelve el encanto de los primeros peregrinajes a Tierra Santa en búsqueda de los lugares donde vivieron Jesús y los patriarcas, relatando su experiencia mediante una secuencia fija y datos realísticos que, sin embargo, no ocultan sus emociones y su actitud cercana y espontánea.

Egeria disfruta de su viaje y de su espíritu viajero, sabe detenerse y apreciar los detalles, es curiosa, interesada y culta. Es una figura auténtica y genuina que se refleja en una escritura sencilla y directa, cuya espiritualidad y sabiduría no se muestra radical ni conservadora.

Egeria es valiente también, casi revolucionaria, se enfrenta a los peligros e incomodidades de un viaje que realiza por mar, a pie, en carro y a lomo de caballos, asnos y camellos, cruzando incluso las tierras más peligrosas sin perder nunca su compostura y curiosidad.

“Cumpliendo la voluntad de Cristo nuestro Señor, reconfortada con las preces de los santos hermanos que me acompañaban proseguí adelante no sin grandes fatigas, ya que tenía que ascender a pie, pues no era posible continuar sobre la montura. Pero el cansancio apenas hacía mella en mí; y si no acusaba la fatiga ello se debía, en buena medida, a que al fin veía cumplirse mi deseo, según la voluntad divina”.

Así que Egeria sube al Monte de Dios “a costa de ingentes esfuerzos”; viaja por un “desierto de arenas inacabables”; cruza parajes peligrosos escoltada por los soldados que les habían brindado protección en nombre de la autoridad romana; atraviesa la región de Gessén a lo largo de dos días por un camino a la “margin del río Nilo”; llega a la cumbre del monte Nebo y a todos los lugares del nacimiento, resurrección y pasión del Señor, “consumida por la llama del deseo de la gracia divina, con el sustento de la majestad del Señor”.

Egeria viaja por devoción, para rezar, pero también por curiosidad y deseo. Es un viaje espiritual en búsqueda de Dios, viaja para purificar su alma.

Junto con clérigos y monjes, que la acompañan en cada visita y la hospedan, tiene por costumbre, siempre que llega a cualquiera de los lugares que desea ver, hacer allí, lo primero de todo, algunas preces; luego leer el pasaje correspondiente del ejemplar sagrado, recitar asimismo un salmo que viniese a cuento con el tema y luego de nuevo hacer un rezo. Esta práctica la sigue “sin desmayo”, según la voluntad divina, al llegar a cualquiera de los lugares que quería visitar. Y la oración se convierte en un acto de comunicación con Dios, en una forma de conexión con lo divino.

Egeria cultiva su dimensión espiritual y sus creencias religiosas sin dejar de lado los elementos del paisaje y la experiencia directa con el ritual, los gestos y los objetos, que aquí adquieren rasgos sagrados. Lo maravilloso se expresa a través de los elementos materiales y Tierra Santa es un espacio sagrado donde Egeria intenta comunicarse con lo trascendente.

Observadora y protagonista a la vez, escribe un auténtico diario en forma epistolar dirigiéndose a sus “venerables señoras y amigas” a través de cartas que escribe después de cada vivencia. Sus cartas expresan la “notable excitación” que la mueve en este viaje realizado en nombre de Dios.

“Si de continuo debo dar gracias al Señor por todas las cosas, cuánto más habré de hacerlo por tantas y tamañas mercedes como ha consentido concederme a mí, tan poco digna y tan poco merecedora de ellas, permitiéndome recorrer todos aquellos lugares tan fuera del alcance de mis méritos”.

Con paso infatigable y con el auxilio del Señor, Egeria es arrastrada por la fuerza de la devoción divina. El cansancio no ofusca la imagen de un paisaje bello y edénico y de aquellos “lugares apetecibles de ver para los cristianos”.

Se mueve sin mapa, con biblia en la mano y fe en el corazón, convirtiéndose, sin saberlo ni buscarlo, en una pionera de la peregrinación y los viajes.